

UNA SERENA AFLICCIÓN

Una mirada personal sobre la literatura japonesa

Iván Thays (*)

Hace unos años, Amélie Nothomb publicó **Estupor y temblores**, una novela que transcurre en Japón y que resultó un éxito sin precedentes de venta e incluso de crítica. El argumento nos conduce a la historia de una joven belga que ingresa a trabajar a una enorme transnacional nipona, donde sufre una serie de maltratos e impresionantes vejámenes, alimentados por su triple condición de joven, mujer y extranjera. Varias escenas son de espanto: cuando es obligada a aparentar que no sabe japonés, porque puede ofender a los clientes que una extranjera entienda su idioma; cuando, por su pretensión de ascender en el empleo, es obligada a limpiar los baños, como castigo por ser una extranjera «ambiciosa», y otros más. El título, **Estupor y temblores**, nos remite a la actitud con la que los súbditos debían acercarse al emperador, una actitud de absoluta sumisión que es la que también siente la protagonista de la novela de Nothomb. No deja de ser significativo, por cierto, que el personaje más maligno de la novela sea una mujer poderosa, de exótica belleza oriental, que seduce de inmediato a la extranjera. Descartando el tema de la calidad literaria, en lo que no destaca precisamente esta obra, habría que preguntarnos por qué **Estupor y temblores**, de obvia alusión autobiográfica, fue un éxito tan apabullante en Francia. Y para responder a esa pregunta nos debe bastar darle la vuelta a la situación: si la humillada hubiera sido una japonesa en una transnacional belga, por ejemplo, ¿hubiera tenido tanto éxito? Humillaciones como las que sufre la protagonista existen en todas partes del mundo, en cualquier empleo o situación, pero lo que obviamente atrajo al morbo de los lectores fue que en esa novela Nothomb ponía de manifiesto todos los prejuicios que Occidente tiene hacia el Japón, prejuicios que convierten a ese país en una cultura extravagante, vertical, perversa, donde el ser humano es una máquina diseñada para hacer aparatos electrónicos cada vez más sofisticados y pequeños. Las burlas al turista japonés en Europa, con su dinero y sus cámaras fotográficas, no es sino una nueva manifestación de este prejuicio según el cual sólo los occidentales tienen el derecho de viajar para conocer los extramuros. Después de tantos siglos, Occidente sigue considerándose el centro del mundo, sus modales siguen siendo, en rigor, las reglas lógicas y sensatas, y todo lo demás es exotismo. Cuando un jefe maltrata a un empleado en la Coca

Cola, se trata de un mal jefe, de un abusivo, un desequilibrado; en fin, simplemente un tipo particular que violó la cordura de Occidente. Cuando un jefe japonés maltrata a un empleado, se trata de un hecho cultural.

Ese ridículo prejuicio, creo yo, ha marcado la historia de las relaciones literarias entre Occidente y Japón. En realidad, entre Occidente y todas las demás culturas llamadas «periféricas». Se espera de la literatura japonesa que sea «folklórica» y que exprese a su patria, una suerte de **souvenir** intelectual. Estas postales literarias, a las que he titulado «Una serena aflicción» en homenaje a uno de los más geniales autores de este siglo, Kenzaburo Oé, no pretenden otra cosa que ser un díptico de postales sobre los más reconocidos autores japoneses en Occidente: Kawabata y Mishima. En esas postales quiero explicar cómo entiendo yo esta relación, este vínculo entre la literatura japonesa y sus lectores occidentales. Debo advertir que no se trata de una historia de la literatura japonesa, ni uno de aquellos tratados de autodidactas que se sienten dueños de la verdad y hablan de cualquier cosa con una «autoridad» repugnante; es tan sólo un punto de vista particular, una versión literaria, motivada exclusivamente por el placer que me ha dado leer a algunos autores nacidos en el Japón.

POSTAL 1: FRENTE AL MAR

La primera postal nos muestra una casa en la arena, un mar apacible, la sombra que proyecta un árbol oscurecido y fuera de cuadro. Quizá acercando una lupa podríamos ver pasos que se borran, pasos hechos en la arena hace unos días, pasos que ya no significan nada. Quizá si las postales pudiesen ser oídas, oiríamos el rumor de una respiración cada vez más apagada. Esa es la cabaña de un Premio Nobel casi olvidado, es la casa de Yasunari Kawabata, quien acaba de dar por finalizada su vida.

Así fue como murió Kawabata, en la soledad de una casa, en la contemplación del mar. Si no me equivoco, convirtió su refugio en una cámara de gas. Los motivos no son fáciles de rastrear, pero se alude a un estado muy profundo de depresión sin motivo; algunos opinan que se debió al dolor causado por el suicidio de su discípulo, el también escritor Yukio Mishima; incluso hay versiones que acusan a su intenso miedo a la vejez. Esta última apreciación, sin duda, se debe a algún peculiar detective literario inspirado por **La casa de las bellas durmientes**, la novela más celebrada del autor. En esta novela, unos ancianos acuden a una posada

exclusiva donde se les permitirá dormir, sólo dormir, con unas muchachas púberes que han sido previamente dopadas. Podría pensarse que asistir a ese lugar era un intento de preservarse contra la vejez, pero en realidad es caer sobre ella, asumir el fracaso de la vida, la irremediable pérdida de la juventud. El posterior vejamen. El protagonista se sirve de esa situación para despertar a los fantasmas de su pasado, pero también para reflexionar sobre la decadencia y la muerte, el placer y el amor, situaciones contrastantes que poco a poco se van aliando hasta confundirse en lo mismo.

A pesar de la influencia extranjera que recibió desde niño -sobre todo por haber nacido en Osaka (que al ser puerto tiene las puertas más abiertas a lo extranjero que Tokio)-, Kawabata fue un gran defensor de los valores de la cultura tradicional japonesa. No es de extrañar entonces que su obra sea la más cercana al **haiku**, con esa inclinación hacia la serena observación de la naturaleza, o a la narrativa impresionista japonesa. Desde sus primeras obras, la narrativa de Kawabata está regada de momentos líricos, de observaciones que suelen tener la brevedad y la contundencia de la poesía japonesa. Es una búsqueda de la iluminación y la sabiduría. Pero para entender el espíritu inquisidor que la anima, para comprender el estado de angustiosa serenidad que la cerca, hay que leer una de sus obras finales, la novela **El maestro de Go**. Es la recreación de la derrota de un viejo maestro de **Go**, el tradicional juego japonés, que implica una derrota de mayores resonancias. Y es que en este complicado y ancestral juego de fichas, siempre fue más importante el movimiento, el ritual, como una danza sutil realizada por dos contrincantes que no son sino almas gemelas. Desde esa perspectiva, los valores occidentales de «competencia» y «triumfo» estaban fuera de lugar. Pero la influencia occidental es una máquina de arrollar culturas, y por ello la novela de Kawabata pretende denunciar que la caída del maestro de **Go** se debe, en realidad, a la pérdida de los valores iniciales, al cambio de las reglas heredadas por reglas occidentales donde hay ganadores y vencidos, donde la estética de la lucha se quiebra a favor de la ansiedad del triunfo. En microcosmos, el juego de **Go** es una representación del espíritu japonés y sus transformaciones son las del mismo país, angustiosamente en manos de Occidente a partir de la derrota de la segunda guerra mundial.

Kawabata murió en 1972, cuando la súbita fama que ganó en 1968 al obtener el Nobel estaba en franco descenso. Hoy son pocos los fieles que aún admiran su obra y reconocen su

influencia. Su centenario, acontecido en 1999, pasó bastante desapercibido en Occidente. La fama, ya se sabe, es siempre un malentendido. Resulta ocioso y complejo tratar de entender cómo pudo acertar tan precisamente la Academia al darle el premio a Kawabata. Los poquísimos aciertos de los Nobel son tremendamente enigmáticos, mientras que sus innumerables errores son más bien previsibles.

POSTAL 2: EL BALCÓN LLENO DE UN EJÉRCITO

La puerta de cristal se abre. Un curioso ejército sale al balcón. El aspecto de los jóvenes, y no tan jóvenes, soldados es absolutamente serio, casi consternado. El uniforme es elegantísimo, apenas sombrío. Parece que asistieran a un evento, un desfile quizá, antes que a una batalla. Pero se trata de una batalla, una terrible batalla, una batalla final. Uno de los oficiales, visiblemente el más sólido de ellos, se llama Yukio Mishima.

Un escritor notable, sin duda, aunque sobrestimado por Occidente; y ciertamente él lo sabe, a pesar de su infinita vanidad y su engreimiento. Nunca pudo superar la depresión de no haber sido elegido él sino su maestro, Kawabata, para recibir el Premio Nobel. Kawabata, al enterarse de que lo recibiría él, en un gesto inconsciente de generosidad puso sal en las heridas cuando dijo que no entendía por qué no se lo habían dado a Mishima: «un genio literario como el suyo lo produce la humanidad cada dos o tres siglos». La palabra «genio» se utiliza con demasiada facilidad actualmente; todo es «genial» y cualquiera puede ser considerado un genio. No es extraño, pues, que a Mishima constantemente se lo llamase así en centenares de contratapas de libros y reseñas periodísticas. Lo que sí es incomprensible es que un autor de su talento hubiese tomado en serio tales ligerezas. La batalla a la que asiste con sus compañeros, sin embargo, tiene, al menos en apariencia, un motivo distinto. Al igual que su maestro, Mishima también piensa que la occidentalización de Japón es la miseria de su pueblo y el peor insulto que se le puede hacer a sus ancestros. Cual Hamlet contemporáneo, ha decidido sacrificarse para que vuelva el orden. El 25 de noviembre de 1970, después de haber dejado en un sobre lacrado el manuscrito de su última novela (que clausuraba **El mar de la fertilidad**, su cuarteto final), había llegado con sus camaradas antes del mediodía a los cuarteles de Ichigaya del ejército oriental, en Tokio, donde tomaron en rehén al general Kanetoshi Mashita. Mishima mismo se consideraba un general, fundador de un ejército particular llamado Sociedad del Escudo (**Tate no Kai**), que pronto consiguió adeptos en su

llamada constante a la vuelta del Imperio. Aquel día Mishima leyó un comunicado desde el balcón del general, dirigido a los soldados y oficiales, además de los periodistas y hasta cámaras de televisión, que se apiñaban debajo sin saber cómo actuar. Con aquel manifiesto pretendía convencer al Ejército Imperial de volver al orden espiritual de la nación y sublevarse para salvar al Japón de la amenaza del exterior. Después de concluir su lectura, y dando vivas al Emperador, se suicidó delante de todos a la manera ritual japonesa, es decir con el **seppuku**.

Mishima había nacido en Tokio el 14 de enero de 1925. Su familia era acomodada e incluso se sabe que la abuela paterna era descendiente de una noble familia de **samurais**. Esta abuela tendría una importancia vital en la educación y personalidad de Mishima (quien por entonces no había adoptado el seudónimo que lo haría célebre y se llamaba Kimitake Hiraoka). Se sabe, por ejemplo, que la abuela vestía al nieto con ropa de mujer y le impedía, de ese modo, salir a jugar con los otros niños. A Mishima, que le interesaba mucho la interpretación psicoanalítica, le fue fácil identificar ese hecho con el origen de su bisexualidad. Una bisexualidad, podría decirse, de decidido contenido estético, pues incluía el travestismo y la adoración de referentes homosexuales como la iconografía del sacrificio de San Sebastián. Incluso se dejó retratar con flechas clavadas en el torso, como el mártir cristiano. Ese exhibicionismo marcó siempre su relación con los medios, que no dejaban de comentar, fotografiar y hasta filmar sus ejercicios de karate y físicoculturismo, dos deportes en los que él había conseguido una destreza excepcional. Asimismo, sus obras fueron ganando una celebridad cabalgante desde que con tan sólo veinticinco años publicó **Confesiones de una máscara**, largo monólogo de un adolescente que da cuenta de su educación sentimental, que lo conduce a la homosexualidad, con el telón de fondo de la segunda guerra mundial. En **El Pabellón de Oro**, su novela consagratoria, el argumento nos conduce a un joven novicio tartamudo que no puede resistir la belleza imponente del mítico Pabellón de Oro y lo incendia. En esa novela, cargada de sueños e interpretaciones psicoanalíticas, Mishima muestra el germen de su rebeldía contra la autoridad, representada por la pureza del templo budista, no porque no sea capaz de aceptarla sino porque la considera ajena. La perfección del **Pabellón de Oro** no tiene nada que ver con aquel tartamudo incompetente, por eso éste lo incendia, como quien pretende hacer desaparecer a una divinidad o a un imperio. Pero para Mishima la lógica no es ir destruyendo lo soberbio sino, más bien, el objetivo debe ser identificarse con esa autoridad. Más aún, no sólo identificarse sino

defenderla. Ese es el sentido de su ejército y su posterior sacrificio. En ese sentido, el valor occidental de rebeldía y ruptura es menospreciado por Mishima, quien más bien rescata el valor del respeto a lo tradicional y ancestral. El sometimiento, pero a una fuerza superior que nos hace dignos.

A **El Pabellón de Oro** la seguiría el gran proyecto de su vida, compuesto por cuatro novelas y considerado su testamento literario: **El mar de la fertilidad**. En ella se nota un acercamiento más profundo al tema de la divinidad y la reencarnación. Al identificarse con el Japón ancestral, Mishima se interesa por el budismo de una forma que puede considerarse mística. En efecto, la lectura de los poetas místicos españoles y la poesía budista hacen de Mishima un hombre profundamente religioso. Al igual que para Dostoievski, la prosa y la estética, el arte en sí mismo, no es sino un vehículo de expresión al que no hay que tomarle demasiado cuidado. Lo realmente importante es decir, opinar y, sobre todo, convencer. Es decir, salvar almas. Con esa actitud, sin duda, con **El mar de la fertilidad** la humanidad ganó a un santo pero perdió a un artista. Habrá que esperar hasta el gran narrador, y sin duda el más merecido Nobel de los últimos años, Kenzaburo Oé, gran conocedor de la cultura occidental por cierto, para que estos dos cabos sueltos, el de la belleza formal y el misticismo, se unifiquen en una sola línea con espléndidos resultados.

(*) Escritor peruano y conductor de un programa cultural en Canal 7. **El viaje interior** y **La disciplina de la vanidad** son sus dos últimas novelas.